

V L



(Grabado en madera por Norah Borges.)

T R A

VLTRA

Redacción: Monteleón, 7, 3.º

Numero suelto: 30 céntimos

POESÍA - CRÍTICA - ARTE

VLTRA no tiene director. Se rige por un comité directivo anónimo.

TEOREMA DE LA BELLEZA DINAMICA

MUJERES Y LOCOMOTORAS

Nuestra velada

A pesar de las intrigas de los que se confabularon para malograr nuestros propósitos, la velada de Parisiana colmó nuestras más fervientes aspiraciones. La calidad y el número de las personas que acudieron a oírnos, hubieran sido suficiente garantía de nuestro triunfo. Pero hubo más, algo que nos enorgulleció más todavía: las protestas y la rabia impotente de unos cuantos fracasados, al frente de los cuales se destacaban Joaquín Dicenta y Juan José Llovet, sepultados, más que por nosotros, por su propia obra.

Hemos conseguido todo lo que nos proponíamos. Nuestra velada despertó enorme expectación en todas partes. Hacía tiempo que no se discutía un tema literario con tanto interés, tan apasionadamente. Aunque sólo fuera por eso, estaríamos satisfechos. Se nos niega, se nos combate, pero se nos discute y nosotros somos y seremos el motivo de todas las conversaciones, porque estamos resueltos a no dejar en paz a los sordos y a los ciegos.

Desde Humberto Rivas, que habló en nombre de todos, hasta Mauricio Bacarisse, que hizo el resumen de la velada, nuestros compañeros y amigos estuvieron a la altura del noble apostolado que defendemos. J. Rivas Panedas, Jorge Luis Borges, Pedro Garfías, Eugenio Montes, César A. Comet, Gerardo Diego, Lasso de la Vega, Tomás Luque, López-Parra, Ciriá Escalante y los hermanos Rello, leyeron hermosos poemas que tuvieron la virtud incomparable de indignar a los cretinos que nos hacen el honor de no comprendernos. Nuestro movimiento es superior a la mentalidad de hoy y esa incompreensión es nuestro mayor orgullo.

La Prensa y nosotros.

Únicamente tres diarios, «La Libertad», «El País» y «El Día», han tenido para nosotros un gesto digno y fraternal. Únicamente los nombres de Ezequiel Endériz, Roberto Castrovido y Rodríguez de la Peña, merecen nuestro respeto. Ellos son los únicos que han sabido ver lo que significamos y los únicos que han comentado nuestro acto con palabra limpia y decorosa. Todo lo demás que se ha publicado en la Prensa acerca de él, es plebeyo, chabacano y mezquino. Nada tan lastimoso como el espectáculo de incapacidad y de incultura que ofrece la mayoría de los periódicos siempre que se trata de juzgar cosas ajenas a los toros o a la política. La ignorancia de ese pobre Bedoya y otros gacetilleros por el estilo, nos causa verdadera lástima. ¿Por qué tendrán una pluma en la mano? ¿No estarían mejor manejando un arado o un azadón?

¿Por qué esa mirada romántica con que, hombres solitarios, reclinados sobre un pretél, vemos alejarse a las locomotoras? ¿Es porque presentimos resulta en ella, en una fórmula pura, la fuerza con que nos arrastra la belleza dinámica de las mujeres? Sin duda es así, pues muchas veces hemos presentado a la locomotora en esa mujer que tan largo itinerario nos trazó en los mapas urbanos, con una belleza, vencedora de nuestra latitud. Presentimos que en su belleza al fin solo había una fórmula dinámica, que ella era la locomotora viva, rodando por los carriles del sexo y que su belleza podía expresarse en kilómetros perfectamente en una cifra marcada con yeso en su costado. Mas si es así, ¿por qué no amar a la locomotora, bella también a su modo, con su hogar rojo, parecido a una entraña? Como una desconocida que se aleja, y nos lleva detrás, en el hechizo de su grupa—tal esa locomotora que pasa, dejándonos su cimera de humo, como una dádiva exorable, cabellera desgarrada en el trance romántico y ese gran pito sofocado de un raptó a su pesar en brazos del movimiento. Pero más piadosa que esa mujer, cuyo dinamismo representa—belleza cambiada en movimiento—la locomotora nos lleva en sus espaldas, tal una nodriza de cuentos orientales...

R. CANSINOS-ASSENS

«Los muertos que vos matais...»

Aunque parezca mentira, nosotros también conocemos a nuestros clásicos, tal vez un poco mejor que los redactores de Hoy. Uno de ellos ha dicho que en Parisiana murió el ultraísmo. Eso es lo que el quisiera, pero se equivoca. Lo que ha muerto son los fabricantes de aluluyas como Miguel de Castro. Eso sí que está muerto y enterrado y lo ha matado el ultraísmo. Sí, señor redactor de Hoy:

«Los muertos que vos matáis gozan de buena salud.»

Perdonadlos, Señor...

Los señores que escriben *El Retablo* son unos hombres terribles. Ellos hubieran querido que hubiéramos salido al escenario como perros hidrófobos, mordiendo a todo bicho viviente. Toda la rebeldía está en nuestra obra y con eso nos basta. Claro que también iremos realizando esa labor de revisión crítica que ellos han echado de menos. Pero eso ya vendrá poco a poco. Tenemos mucho que hacer y que decir. En Parisiana sólo quisimos realizar un acto de presencia y lo conseguimos. ¿Qué nuestra velada se pareció a unos juegos florales o a una recepción académica?... Sería por la presencia de los señores que escriben el *Retablo*, una de las revistas más viejas, más mediocres y más soporíferas que se publican actualmente. Lo que ocurre es que esos señores no entienden nada de lo que nosotros hacemos y eso nos regocija. ¡Pues no faltaba más! Ellos sólo han visto en nuestros versos una técnica rara. ¡Pobrecillos! ¿Qué entenderán esos infelices por irreverencia? Nosotros estamos dispuestos a enseñarles a leer gratuitamente. Por lo pronto les diremos que Rubén Darío, Enrique de Mesa, Unamuno, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset, merecen todos nuestros respetos. Pero lo de Rubén Darío y Enrique de Mesa ya es-

tá hecho y no debe continuarse. De Machado respetamos las *Soledades* y desdénamos su última forma, la de las coplas para ciego. Juan Ramón Jiménez se ha renovado. Antonio Machado ha muerto, a pesar de la influencia ultraísta que se advierte en una imagen sorprendida precisamente por nosotros en las páginas de *El retablo*. ¡Si es inevitable! Lo que nos tiene sin cuidado son los señores que redactan esa revista. Perdonadlos, Señor, que no saben lo que dicen!

El bastón luminoso del Sr. Moya.

Don Miguel Moya y Gastón no será un genio, pero se divierte. Fué a Parisiana con un bastón que tenía el puño luminoso y empezó a derrochar en contra de los ultraístas todo el ingenio que falta en las páginas de *El Liberal*. Estaba convertido en un verdadero director de periódico. ¡Lástima que el señor Moya no tenga una cabeza como el puño de su bastón!

La próxima velada.

Lo sentimos por el disgusto que le vamos a dar a D. W. Fernández Florez, otro que tiene telarañas en el entendimiento. ¿Conque el ultraísmo no tiene importancia, eh? Ya nos veremos en el Ateneo y ya hablaremos dentro de poco. Lo que no tiene importancia son las crónicas que D. Wenceslao escribe y los periódicos donde las publica. Esos son los pulpos que quisieran ahogarnos, pero nosotros sabemos nadar muy bien y llegaremos a la orilla.

LA REDACCION

Hemos abierto una suscripción para comprarle unos anteojos al señor Bedoya.

ILUMINACION DIURNA INTERMITENTE Y CONMOVIDA

Rápidamente
se formó el núcleo gigantesco seminal
de contrarias fecundaciones
estruendosas y controversas

El pródromo de la parturición
se inicia ostensivo
reclamando una atención
predominante e inquieta
Si los tocólogos ociosos
no esquivasen seguros de su ciencia
y no poseyesen
la presencia de ánimo indispensable
como consecuencia
de haber logrado ya el descubrimiento
del secreto engañoso
¿no se atribularían
ante lo inesperado y lo desconocido?

Este proceso es corto y complicado
y el reo absuelto
incurso en los delitos
que marca el código severo
de las compensaciones por estafa

TU Y YO EN LA NOCHE

Nuestro esquife parado
navega con las velas del Ensueño
Sobre la tersa espuma
flota el temblor desnudo de tu cuerpo
Una espada de luz corta la noche
y se rompe en los vidrios empañados
El silencio despierta
en el clave encendido de tus labios
De nuestras almas mudas
solo tú y yo oímos el canto luminoso
Y una llama crepita
entre los paréntesis de tus ojos

YO SOLO ENTRE LOS MUROS

Yo solo entre los muros
de este templo
Yo el único creyente
me arrodillo y rezo
Nadie bajo su boveda
profana su misterio.
Yo solo entre estas naves
donde ensartan sus ecos
las campanas
y el órgano del pensamiento

HUMBERTO RIVAS

TRIUNFO

Si
Del oriente al ocaso
estalla un arco de triunfo
Elefantes atónitos
pastan en los oasis de mis ojos
Y el viento se ilumina
en el fondo del mar
Mi pecho no se cansa de disparar
La vida
ciudad maldita
empieza a arder
Hagamos de todos los gritos
una sola mujer

GERARDO DIEGO.

¡Cuántos jueces han perdido
su tensa serenidad
creyéndose juzgados
por sus espaldas!

Las llamas
de aquel incendio ambulante
todo personal
se han incorporado
fingidas
y las altas venas
hinchidas de sustancias
caras y luminosas
sobre la piel velluda
se truecan ostensibles
grabados en seco

Las lancetas
buscan inyecciones
para sus enfermedades secretas
y sus grandes quejidos
son regocijados
por el posible recobro
total y perfecto.

El reparto
es arbitrario
expuesto
a perjuicio de tercero
justo o ridículo
y siempre sabroso
Cada uno
inválido o extenso
se lo asimila
diferenciado
Así se trasiega
lo manifiesto
que no se elabora
Y esto que nos exalta
lo vemos entre paréntesis
recordatorios
y es un tónico indescifrable
como dinamos útiles
incomprensibles y familiares

CESAR A. COMET

Los inteligentes hermanos Rello han hecho examen de
conciencia y se disponen a oficiar en el sagrado altar
del VLTRA, por lo que les felicitamos.

LEJANÍAS

El pastor
apacienta
las lejanías

Mi boca ha hablado todo el arco-iris

Duermen sobre tus ojos
silbidos de locomotivas

El crepúsculo peina los rayos del sol.

LAS HORAS POR TU AIRE

Las horas por tu aire
anocheciendo

Las nubes sonámbulas

Recuerdos secos caen sobre mi pecho

Dentro de la bola del silencio
tiendo mi caña a las sinestesias nómadas

El silencio es el campo
del revés de mis ojos.

J. RIVAS PANEDAS



Grabado de Barradas

ES LA TARDE

En la quietud de mi silencio
siento el gemido

de una rosa

Es entonces cuando
debajo de las alas

de los pájaros

vienen besos dormidos
que se agitan

al despertar

en la quietud de nuestras horas

Es la tarde

Y el sol quema

en mis manos clamatorias
aquella oración

que las colmaba

TOMAS LUQUE

TREN

El mar alborotado velas verdes y azules
Túnel girón de sombra prendido de una rama
coche sin cielo ni estrellas
y el tren

que agujerea el sol

Imantado

huye
apartando los árboles del paso.

Los ríos llueven sobre las nubes
Bandadas de palomas por el pentágono

En cada estación he ido dejando un grado
todos los grados que me dió en sus manos
colmadas.

PEDRO GARFIAS

El ultraísmo no tiene directores, representantes ni definidores, ni en España ni en el extranjero. El ultraísmo no tiene más que poetas, y a' margen de su grupo, literatos que simpatizan más o menos con su labor

Poemas automáticos

(Poèmes automatiques)

PERPENDICULAR

*Des arbres de tréteaux et des lumières
brisées.*

Arboles de escenarios y luces heridas
la encrucijada inmóvil reposa para sí
los interiores encerrados al crepúsculo
desfilan por los patios a lo largo de los elevadores
cuando la rosa eléctrica incienso los espejos
la mujer en silencio pasa por la alfombra vacía
escaleras profusas hacia todos los pisos
en lo más alto de la casa sobre la calle inclinada
los tejados se ponen en plan de filosofar
hay estrellas sutiles para todos los gatos
y buhardillas agachadas bajo los hilos del teléfono

JORNADA

Avis serrure de sàrete lettre recommandée

Aviso cerradura de seguridad certificado
ayuda de cámara propinas desayuno
salón de fumar grill room brasserie
pasillo centrífugo cuartos de baño
distribuidor general de las energías calculadas
carruaje radiograma bolsa de cambio
sleeping car oficina de correos *au revoir*.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

(J. C. de Silva, tradujo).

RAMONISMO

GARAGES

Por todos lados se hacen «garages», esas falsas habitaciones, esas precarias estaciones que ocupan vanamente el espacio. Es gastar inútilmente sitio y diezmar la capacidad de habitaciones de que dispone la ciudad, el dejar que se inmiscuyan en el centro, en cualquier manzana de la ciudad como «gusanos de la manzana». Son como casas hechas por el embalador.

Me parece una cosa fría, vacía, con pobre aire de asilo el «garage». Donde cae deja una mancha negra de un aceite espeso, que no habrá baldeador que la logre limpiar. Ese solar tan ansioso de florecer en forma de cordial casa llena de vecinos, se eterniza como «garage».

Quizás, las estaciones futuras sean numerosos «garages» dispuestos a salir a hora fija por los numerosos caminos que entonces surcarán el mundo.

Los grandes «garages» serán especies de laberintos superpuestos con ascensores para subir los automóviles y colocarlos en sus alcobas. El «garage» está llamado a ser una torre babilónica y asombrosa. (Para ese mueble que parece que se ha escapado, que es la motocicleta, y adherida a un cochecito cubierto, también tendrá que haber rascacielos con habitaciones más chicas.)

Pero se reducirán los «garages» entonces a las cuadras y chamizos en las afueras, sin mezclarse tan incongruentemente a las casas de la ciudad, como robando el espacio cordial de la ciudad.

El espíritu del «garage» no es recomendable en

general, está lleno de hombres fuertes como gimnastas de circo que tienen grandes ambiciones y que aun siendo «chauffers», tienen una amante con sombrero y pieles. Todos estudian la manera de robar más a sus dueños y se malean unos a otros como las criadas que van a la compra y se reúnen bajo los grandes «garages» de los mercados.

No sabemos apenas de esa vida y sólo vemos la sombra antipática que hay allí, sombra de cochera sin los nobles caballos y como, el perfume de galantería y de riqueza que sale de los «autos», se escapa a los coches, con pungencias para los criados.

Esa cosa, humeda de cubos y cubos de agua tirados contra el esmalte y por entre las ruedas, desfilcándose el agua como se desliza en las ruedas de las norias, acaba de dar más ingratitud al «garage», en el que entran montones de tristes cacharros de gasolina, y donde los mecánicos, en cucullas o debajo de los coches, con todos los sueños de su profesión tirados por el suelo, curan el coche.

Lo que yo veo es que se van a construir muchos y que se están construyendo demasiados. Lo que yo veo es que en el estudio del escultor Querol—¡pobre artista mediocres!—resuenan los «plafidos» de los automóviles y al lado de mi casa es posible que levanten uno ¡con lo que roncán de noche.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

El ultraísmo es la rana que crió pelos.

Un poema de Rimbaud

INEDITO EN CASTELLANO

(De «Les Illuminations», 1873)

Después del diluvio.

Tan pronto como la idea del diluvio se sosegó, una liebre se detuvo en las esparcetas y las campanillas movibles, y dijo su oración al arco-iris, al través de la tela de araña.

¡Oh! las piedras preciosas que se ocultaban,—flores que ya miraban!

En la gran calle sucia, se levantaron los puestos de los vendedores, y se tiraban las barcas hacia el mar cortado arriba como en los grabados.

La sangre corrió, en casa de Barba-Azul, en los mataderos, en los circos, allí donde el sello de Dios empalidecía las ventanas. La sangre y la leche corrieron.

Los castores edificaron. Los «mazagrans» humearon en los fumaderos.

En la enorme casa de vidrios aún brillantes, los niños apenados contemplaron las maravillosas imágenes.

Cruje una puerta; y, y en el recinto del caserío, el niño vuelve sus brazos, hasta las veletas y los gallos de los campanarios de todos los lugares, bajo el estrepitoso chaparrón.

Madame X establece un piano en los Alpes. La misa y las primeras comuniones se celebran en los cien mil altares de la Catedral.

Las caravanas partieron. Y el Hotel — espléndido fué contruido en el caos de hielo y de noche del polo.

Desde entonces la luna escuchó a los chaceales piando por los desiertos de tomillo,—y las églogas en almadreñas gruñeron en el vergel. Después, en la oscuridad violeta, Eucaris me dijo que era primavera.

No respondemos de los poetas que poseyendo la habilidad de laborar en dos sentidos, acuden a nuestras páginas atraídos por el éxito del ultraísmo y su fuerza subyugadora. En nuestro anhelo de amplitud acogemos todo lo que, siendo nuevo, está bien. Si después desertan, peor para ellos.

Sordos, estanque; — espuma, rueda sobre el puente y pasa por encima de los bosques; — paños negros y órganos, relámpagos y truenos, subid y rogar; — aguas y tristezas, subid y relevar los diluvios.

Porque desde que se disiparon, — ¡oh las piedras preciosas marchándose, y las flores, abiertas! — es esto un fastidio! Y la Reina, la hechicra que enciende la brasa, en el tiesto de tierra, no querrá contarnos jamás lo que ella sabe y nosotros no ignoramos.

JEAN-ARTHUR RIMBAUD

(R. Lasso de la Vega, tradujo).

El ultraísmo es el verso que se recita sin mover la lengua. La canción que se canta a un niño dormido sin despertarlo.

ALDEA

Las esquías reúnen la tristeza dispersa de los crepúsculos. El cielo está vacío.

Lápida de un silencio serio sobre el nihilismo ecuánime de la jornada.

Las fluviales lenguas frescas del viento lamen mis manos y mejillas.

En la barbería el reloj—sexagenario sistemático—sigue jugando al solitario con los minutos.

Ante la hipnosis rectilínea del caserío y curvilínea del camino y los montes, Sureda y yo somos las dos pirámides del pueblo. Culminantes sobre la democracia geométrica y encarrilada.

Apoyadas en la baranda nuestras manos tocan el piano de colores del paisaje.

En la caja del piano está enterrado Wagner. A veces se despierta y canta en la tumba. En la caja del craneo saltan entonces crímenes crucifixiones golpes de estado pronunciamientos piras fornicios y pluralizados suicidios.

Hasta que nos estruja un flaco silencio sin entorchados ni estandartes.

Los acordes histrionizan las acumuladas angustias.

El aqueduto tiende su espinazo polvoriento de sol.

El trasnochador dejó dos palanganas llenas de sueño.

Los badajos ultiman otra jornada.

Los párpados picotean la madeja de viento y polvo.

El Sol que talaron los leñadores rueda a ras de los campos.

Las noches náufragas han tapado el aljibe, Aguijoneando nuestro insomnio vuelan auroras de nerviosos insectos.

Los árboles donde se diluye la fiebre del farol son árboles de teatro.

Durante la misa un perro meneaba la cola. Incensario cuyo optimismo biológico asciende —único— a esa altitud azul donde reposa Dios y cantan los pajaritos.

JORGE-LUIS BORGES

SOLEDAD

Frente a la pared de la montaña
lanzábamos las voces
con respuesta pagada.

Con el arco de nuestra garganta
disparábamos las flechas
que rebotaban en su coraza.

El viento
se llevó las palabras
como papeles viejos

Y todos los péndulos
seguían clavando en la pared del Silencio
el clavo sin fin del Tiempo

GUILLERMO Y FRANCISCO RELLO.

VLTRA

BARRADAS

Juego, la creación

Juego de dados: se agita el cubilete
saltan, los dados, brincan, se revuelven; y, al vol-
carse el cubilete, caen, se esparcen, se agrupan.

Barradas coje un dado
y otro

y otro

y los examina por todas partes;
les busca la cabeza, los ojos,
y los mira por debajo,
como los niños que levantan las faldas a las mu-
(frecas

y los palpa, encantado de su cubileidad,
y los sopesa,
y los deja rodar por la mano,
y vuelve a sobetearlos,
gozoso y codicioso al verlos tan blanquitos,
tan amarillentos y brufidos
y ver que tienen biselada la arista
y que están fresquitos y suaves
y suenan a fresco, al manejarlos juntos
como un puñado de semillas.

No se cansa nunca: los mira, los remira; los so-
ba y los dá vueltas. Le maravilla aquello de que
sea tan marfil el marfil y tan negro el negro de los
puntos; y de que haya en este lado tantos, seis,
[:::] y en este, la diagonal de tres [..], en este,
sólo uno [·]; en este nada []

Y se los come con los ojos y con el tacto de sus
dedos de espátula.

Así, Barradas, va por la vida entera y coje todo
lo que encuentra y lo palpa, lo requetemira y se lo
echa al saco.

Entonces, cuando está lleno, lo sacude todo, lo
revuelve, lo hace brincar de gozo, brincando él
mismo, y dando una voltereta se vuelca, de ca-
beza, sobre el papel.

Barradas está seguro de que habiendo en el cu-
bilete dados, muchos dados, y tirándolos a lo alto,
como si se brindara con el vaso de laca, los trozos
de marfil acaban por encontrar su estabilidad en
blanco y negro.



Barradas se fué llevando a casa minutos de Ca-
talina Bárcena.

Cada día se llevaba en el bolsillo del gabán un
trozo nuevo. Tenía prisa de llegar a su casa para
verlo bien y, sin paciencia para esperar, lo sacaba
a hurtadillas, en el tranvía o por la calle, para ase-
gurarse que iba allí.

Hoy era una nuca; mañana el respingo irónico
de una nariz; el otro la curvatura de unos hombros;
el otro la vaguedad de unos ojos ingenuos y cla-
ros. Tan pronto una picardía de chicleo, tan pron-
to el cruce de brazos resignado de una mujer que
espera, o que despierta, melancólica, que está vien-
do marchar, más bien, a alguien que no vuelve la
cabeza.



CATALINA BÁRCENA

Grabado de Barradas

Barradas, el hombre de las gafas, no veía, por
medio de la calle, a pesar de las gafas, ni los co-
ches. Es que iba mirándose—con gafas y todo—
para adentro. Es que iba palpándose el bolsillo,
donde llevaba guardados, avaramente, todos los
pedazos de cosa que había ido guardándose en el
camino.

Iba deprisa, esquivo, atolondrado, por miedo a
que le salieran los ladrones, antes de poder zam-
parse todo aquello.

Pero al fin sale un día gesticulante, barajando
su manojo de dados, con aire de vacaciones. ¡ya
está! tiene repleto el cubilete y va tirando a lo
alto, los cuadraditos, a puñados.

En todas partes,—en el café, o en la tertulia, o
en mitad de la calle,—puede enseñar, ufano, el
nuevo juego de prestidigitación: —Miren, se les
da las vueltas que se quiera, se tiran por doquiera
los pedazos, caen—amaestrados—y dicen—por to-
das partes—, duros y alegres: CATALINA... Repl-
ten siempre, de mil modos, una misma musicali-
dad: Catalina, Catalina, Catalina...

MANUEL ABRIL

VLTRA premiará con veinticinco pesetas en metálico
al primero que averigüe lo que tiene en la cabeza
el señor Astrana Marín.

MARCHITARIO

Florearán tus labios
sonrisas de crepúsculo.
Y de los vidrios de tus ojos
caerá la helada de la noche.

Copos de lágrimas de sombra
yo tendré entre las hojas de mis manos
como una flor deshecha
El árbol de los días
se irá quedando ciego
en el otoño de nuestro recuerdo.
Y en el devocionario de tus lágrimas
se dormirá la estampa de mi beso.

ERNESTO LOPEZ PARRA.

Los poetas Laso de la Vega y López-Parra, nuestros queridos compañeros, tienen algunas composiciones
comprometidas en diversas Revistas españolas, anteriores a este movimiento. Para de aquí en adelante todas
las poesías que publiquen estarán inspiradas en esta tendencia renovadora.

BIBLIOTECA Colecciones



RENACIMIENTO GIL BLAS

- I Clásicos Españoles (hispano-latinos, hispano-árabes, hispano-hebreos, castellanos, catalanes, portugueses, etc.)
- II Obras maestras de la literatura universal.
- III Biblioteca de místicos y ascéticos.
- IV Colección de novelas picarescas del siglo de oro.
- V Autores contemporáneos.

Pídanse en todas las librerías
San Marcos, 42.—MADRID

Palace - Hotel

GRILL-ROOM

Donde mejor se come

Cocina cosmopolita

MUNDO LATINO

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

La Grecia eterna, de E. Gómez Carrillo.
El reloj del amor y de la muerte, de Emilio Carrere.

EN PRENSA

Como los pájaros de bronce y La ruta del Sol, de José Francés.

De venta en todas las librerías y en la de

YAGÜES

CABALLERO DE GRACIA. 28

CALPE

TRES COLECCIONES LITERARIAS

LOS POETAS

Miguel de Unamuno.—El Cristo de Velázquez.—4 pesetas.
Teixeira de Pascoas.—Tierra prohibida.—4 pesetas.—*Francis Jammes*.—Del toque del alba al toque de oración.—4 pesetas.

LOS HUMORISTAS

Julio Camba.—La rana viajera.—4 pesetas.

COLECCION CONTEMPORANEA

Antón P. Chejov.—El jardín de los cerezos.—6 pesetas.
Miguel de Unamuno.—Tres novelas ejemplares y un prólogo.—
Marcelo Proust.—Por el camino de Swann.—2 volúmenes, 6 pesetas volumen.

VISITE

usted el

REAL

CINEMA

El mejor y
más elegante
de Europa

BIBLIOTECA NUEVA

LISTA, 66 - MADRID



¡Cinco éxitos recientes de librería!

PAN (novela) y VICTORIA (novela). Ambas por *Knut Hamsun* (Premio Nobel). 4 pesetas cada tomo.
DINGLEY, EL ILUSTRE ESCRITOR (novela) por *Juan y Jeromo Tharaud* (Premio Goncourt). 4 pesetas.
JUDAS ISCARIOTE (novela) por *Leónidas Andreiev*. 4 pesetas.
COLORES (cuentos eróticos) por *Remy de Gourmont*. 4 pesetas.

Pídanse en todas las librerías

Rafael Caro Raggio

EDITOR

Editorial:

Librería:

Mendizábal, 34-Plaza de Canalejas, 6

M A D R I D